

El Rayo, que no cesa



ARTURO DAUSSÀ
Y
JAVIER LUQUE

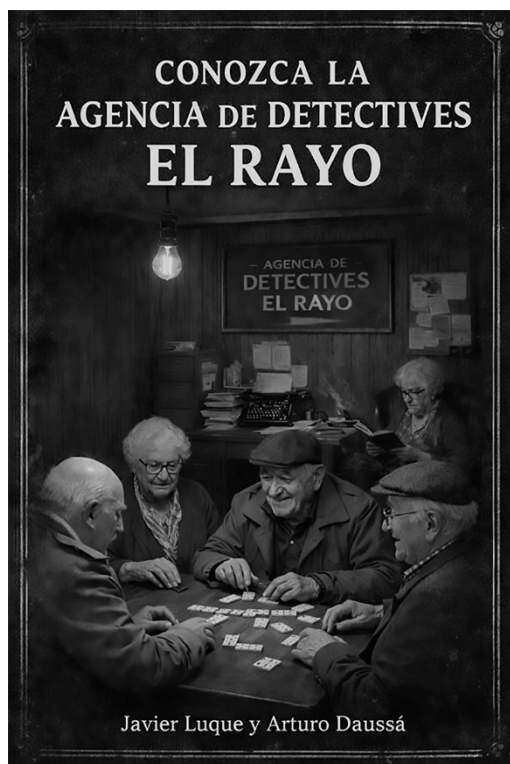
Ven a conocer a la Agencia de Detectives el Rayo



**Javier
Luque**

*Perdonen el atrevimiento
javierluque@L7etras.es*

*El Rayo que no cesa:
Ven a conocer a la Agencia de detectives el Rayo*



Arturo Daussà
y
Javier Luque

Título: El Rayo que no cesa: Ven a conocer a la Agencia de detectives el Rayo

Fecha de publicación: 01/2026

Derechos de autor: Arturo Daussà y Javier Luque

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798242831643

Imágenes generadas por Inteligencia Artificial

Edición y maquetación:

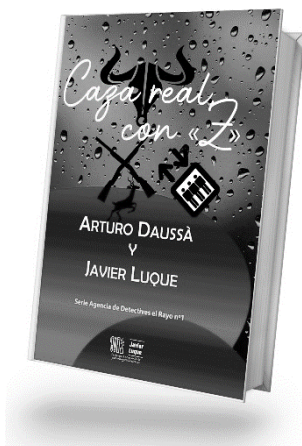


No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los sucesos y personajes retratados en este libro son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia y producto de la indudable impericia de sus ancianos autores.

¿Por qué te hacemos este regalito como un dulce envenenado?

Porque, como viejos que somos, queremos presentarte la historia de un grupo de nuestros semejantes —o no tan iguales—. Una aventura que no solo será deleite de jubilados o para que lean o le leáis a abuelas o abuelos —que, aunque viejos, somos *mu* modernos—, sino que es la primera de una serie de novelas para todos aquellos que deseéis pasar un rato divertido viendo como cualquier momento en la vida es bueno para disfrutar con ilusión y humor.



Ya a la venta

(<https://amzn.eu/d/cjmplOd>)

En tapa blanda por 11,99 €. (¡A que dominamos el marketing!)

En ebook, ¡por menos de lo que cuestan un par de birras!

**Dedicado y sin gastos de envío si lo pides a
cazarealconzeta@gmail.com**

**¡Ideal para regalar en toda ocasión,
hasta en el día de los enamorados!**

Bueno, empezaremos por explicarte que va a encontrar aquí. Lo primero, una presentación de la ilustre Agencia de Detective el Rayo: dónde empezó todo, los miembros de la agencia y una breve sinopsis de ***Caza real, con «Z»***, la novela que ya tendrías que haber corrido a comprar.

Luego, por si aún no estás convencido, encontrarás uno de los complejos casos —hasta ahora inédito— donde se han metido.

Y para que no te vayas a asustar, te adelantamos que todo este caso te lo lees en 17 minutos, menos que una tanda de anuncios en Antena3 o Telecinco y mucho más interesante.

Ah, reconozco que te hemos engañado, porque lo primero es dedicaros esto con sinceridad. Es decir, todo os lo dedicamos a vosotros —a ti y a los demás lectores— para ver si conseguimos que sigáis adelante con la lectura, acabéis pasando por caja o, al menos, le deis al boca a boca —o al boca a oreja, que da igual— y, os guste o no, dejéis en las redes o donde sea vuestros comentarios.

Os prometemos que con las ganancias no haremos lo que otros, ya sabéis, lo de las «frutas» y la cocaína. Lo primero porque, seamos sinceros, somos demasiado viejos y, además, moralidades al margen, lo último en esta vida es pagar por sexo.

En cuanto a la coca, mejor nos gastamos el dinero en «pastillitas azules» y nos dedicamos a la primera actividad. Pero eso sí, haciendo uso de nuestro propio atractivo, que ya habréis visto que es evidente.



Escanea el QR y compra *Caza real, con «Z»*

Aquí empezó todo



Todo comenzó en la barriada de Hostafrancs, cerca del histórico mercado que lleva su nombre, en la plaza Herenni, desde siempre lugar de convivencia de payos y gitanos y, actualmente, arrastrada por el río de la modernidad, una pequeña babel donde confluyen todos los idiomas y culturas que pueblan la cosmopolita Barcelona.

Quienes dan vida a la Agencia de Detectives el Rayo

«El rayo soy, donde me llaman voy»

Te presentamos a los vecinos que crearon la agencia impulsados por la necesidad —en este barrio las pensiones no llegan *pa na*—. O tiraban todos del carro, o se quedaban sin ascensor.

Son unas tías y tíos —ya sabéis, si hay que adaptarse, aquí estamos nosotros para vender— simpáticos, con el espíritu más joven que a sus dieciocho años. Y unas ganas de vivir, pero de vivir de verdad, que ya quisieran los que nos ven a los viejos como tratos inservibles que no sabemos ni lo que es un *brainrot* o nos suponen unos cretinos por preferir intercambiar palabras y fluidos con un ser humano que con ChatGPT.

A estos amigos, la edad u otros motivos los ha jubilado del trabajo —siempre es un decir—, pero no los ha retirado de la vida ni de echarse unas risas —hasta unos llantos—. Leed y también os contagiarán esas risas y su vitalidad.

Vamos por pisos, no por partes; no somos Jack el Destripador.

Entresuelo (el principal de toda la vida)

JUSTINA, una viuda que conserva en el alma el aire de juventud de cuando fue elegida Pubilla de las fiestas de Sants. Siempre ha sido y es una mujer de rompe y rasga. Una *empoderá*, como, *to* moderna, se denomina hoy ella misma. Se supone *jubilá*, pero no deja de ayudar a su hija en la pescadería del *mercao*. Allí *too* el mundo la conoce y no son pocos los encargos para la agencia que allí nacen más frescos que las sardinas que vende.



Amante de la serie de Perry Masson, no pocas veces llega tarde a las partidas de parchís por no perderse un capítulo. Por vivir en el piso que vive, le hubiera *importao* un pimiento haberse *quedao* sin ascensor *toa* la vida. Y, como está claro, ¡*Fite* tú!, nunca ha *deja*o su habla andaluza.

Primera Planta

Primero primera

FELICIANO, el Feli, es el más catalán de todos los vecinos —hasta el tópico: *collons*!, la *pela* és la *pela*—.



Se hizo *indepe* cuando el Ayto. socialista le expropió su tienda de fotografías, aunque para entonces, en plena época digital, vendía de todo menos material fotográfico

Divorciado, su ex vive en Zaragoza con el hijo de ambos. Con facilidad para que se le alteren la hormonas que ya no tiene, su ideal es que le toquen los ciegos, enviar el barrio a la mierda, y acabar sus días en el Caribe gozando con una hermosa hembra de pechos de cirujano.

Primero segunda

BENANCIO, el Bena. Un exdetective con una pretendida imagen ante los colegas de haber sido el mismismo James Bond. La realidad es que acabó despedido de Detectives Suarez por sus incontables errores y por su fama de gafe: asunto en el que intervenía, asunto que se podría. Eterno presidente de la comunidad de vecinos, traspasa su pretendido liderazgo a todo lo que hace —experiencia hay. ¿Me explico?—. Por herencia familiar es muy aficionado al güisqui DYC.



Primero tercera

PILAR, la Pili. La más joven del grupo. Prejubilada de correos en uno de esos planes de ajuste tan habituales en el país, invirtió parte del incentivo obtenido como compensación inicial en mantener su aspecto juvenil. Su envidiable tipo, su descarada actitud, su manera de hablar —directa y sin complejos—, una vestimenta acorde y su afición por el flirteo atrae a los hombres tanto como los espanta su seguridad, la



de quien no está dispuesta a ser controlada. El Feli, uno más de los que sucumben a sus encantos, trata de ligar con ella continuamente... y fracasa.

Segunda Planta

Segundo primera

RESTITUTA, viuda, con una historia personal que daría para escribir una novela —no esta, por supuesto—, vive en el edificio porque le gusta el barrio, pero podría vivir en cualquier otro, quizás no en Pedralbes, pero sí en el Example. Siempre elegante y cuidada, mantiene la propiedad de un Seat 850 que no utiliza. Todavía conserva contactos con la farmacia de la calle Condal, donde trabajó dirigiendo la farmacia desde que dejó su puesto como enfermera en el Hospital de San Pablo. Lectora empedernida de todos los géneros, aunque en especial de novela negra, como los demás vecinos. Lo sabe todo sobre venenos. Tiene un hijo propietario de una empresa que comercializa artículos de ortopedia.



Segundo segunda

CIPRIANO, el Cipri. Desde que de muy joven le tocó descolgar a un suicida de una viga en un garaje, ya no paró de salir de los juzgados en los asuntos más luctuosos. Con los años, además de contagiarse de cierto pesimismo, llegó a ser una de esas personas que todos consultan porque se diría que lo saben todo de



la organización donde prestan sus servicios. Sus conocimientos de leyes y del sistema judicial no dejan de ser un incordio para el grupo por su constante manía por alertar de los peligros judiciales de ciertas prácticas. Pero sus contactos con jueces, fiscales, abogados y secretarios judiciales son una joya por su facilidad para obtener información a través de ellos.

Ático

SILVERIO, el Mago. De origen gitano, es como un verso suelto dentro del grupo. Su ápodó le viene de una época en la que, dentro de sus más que variadas formas de ganarse la vida, ejerció de mago callejero. Con posterioridad, entró a trabajar en Ascensores La Paloma, que siempre hizo honor a su lema «orientación y visión, equilibrio y pasión».

Hombre acostumbrado a la supervivencia, de inteligencia despierta —tanto como para que su aportación a la resolución de los casos sea fundamental—, vital y no exento de hedonismo.



Su ático es a menudo escenario de fiestas en las que no faltan mujeres, música, buena comida, bebida y cualquier cosa que se tercié como necesaria.

La sinopsis prometida

La Agencia de Detective El Rayo es la sabia suma de estos siete viejos jubilados que ya conocéis y nace por aquello de que la falta de dinero obliga. En su primera aventura, a fin de obtener la libertad de Martín Prats, dueño de Ascensores la Paloma, y conseguir el premio: un nuevo ascensor que sustituya al arcaico y averiado de su edificio, se lanzan a averiguar que se esconde tras el oportuno desplome de un ascensor en un lujoso hotel de Barcelona.

Una historia llena de intriga, con episodios que nos llevarán hasta la solución del enigma, rebosantes de humor, no pocas veces negro y ahíto de sarcasmo, única manera de afrontar la mierda de mundo que, sin pretenderlo ni desearlo, ellos mismos han construido con su esfuerzo, su sudor y decenas de años de sacrificio.

Una novela negra que, sin embargo, no pretende circular por los cánones establecidos ni por ningún canon o etiqueta al uso. Nosotros, a pesar de los incuestionables años que sumamos, creemos que lo rupturista hoy, lo revolucionario, es volar libre y no ponerle puertas al campo.

Hemos buscado que la lectura derroche el valor del entretenimiento y, además, te lleve a pensar o a descubrir algo que no sabías: un doble valor.

Estamos seguros de que lo hemos conseguido, tanto como para hacerte este regalo y que te dé la ocasión de disfrutar de uno de esos casos —como ya dijimos, inédito— en el que estos personajes, que ya te son familiares, se han envuelto en su no parar de vivir.

EL RAYO que NO CESA

ARTURO DAUSSÀ
Y
JAVIER LUQUE

No cesará este rayo que me habita
el corazón de exasperadas fieras
y de fraguas coléricas y herreras
donde el metal más fresco se marchita.

¿No cesará esta terca estalactita
de cultivar sus duras cabelleras
como espadas y rígidas hogueras
hacia mi corazón que muge y grita?

Este rayo ni cesa ni se agota:
de mí mismo tomó su procedencia
y ejercita en mí mismo sus furores.

Esta obstinada piedra de mí brota
y sobre mí dirige la insistencia
de sus lluviosos rayos destructores.

Miguel Hernández (*El rayo que no cesa*)

Nada se respeta

Andrés Felipe tocó en la puerta antes de entrar como hacía todas las mañanas, pero, en lugar de la acostumbrada voz animosa de Dolores pronunciando su habitual «adelante», oyó unos sollozos contenidos que le impulsaron a entrar sin más. Dentro encontró a la anciana con el camisón medio rasgado, tirada en el suelo, gimiendo incapaz de levantarse.

—¿Qué le ha pasado, doña Dolores? —preguntó el joven al tiempo que la incorporaba y la ayudaba a tenderse en la cama, aun a sabiendas de que para el cerebro de aquella mujer dar una explicación podía ser un reto imposible.

La anciana apenas pronunció un murmullo inaudible y señaló un pequeño marco de plata que había escapado de su mano al levantarse. Tenía el cristal rajado y, tras él, dos jóvenes se abrazaban sonrientes en blanco y negro delante de los almacenes SEPU de La Rambla.

En un gesto inconsciente, la mirada de Andrés Felipe pasó de aquella foto enmarcada al pequeño escritorio que, situado a la izquierda de la cama, exponía los más preciados recuerdos de la anciana, esos de los que él sabía que nadie la hubiera podido separar sin usar la violencia: varias fotos lujosamente enmarcadas y el joyero que atesoraba sus joyas más queridas: el anillo de pedida de oro blanco con su minúsculo diamante engarzado, el Omega de oro que hacía años que no funcionaba y un brazalete de oro con forma de serpiente enroscada. Las fotos estaban caídas en el suelo con los marcos me dio destrozados o sin ellos y del joyero solo quedaba la marca que había dejado sobre la superficie empolvada.

No era el primer robo en el barrio, últimamente había demasiados. Ya me veo en la calle o en un sitio peor, pensó Andrés

Felipe. Tampoco era la primera vez que alguno de aquellos familiares le cargaba el muerto a los cuidadores, sobre todo si eran emigrantes.

=====

Más de veinticuatro horas más tarde, sentado a la sombra en un banco de la Plaza Herenni huyendo del calcinante sol del mediodía que abrasaba Barcelona, Silverio, por enésima vez, leía con una sonrisa en los labios la noticia del periódico que tenía abierto sobre sus piernas.

« ‘Alquilar era imposible, no me da la pensión para pagar 700 euros’: cuando compartir piso en la jubilación es la única opción de tener un hogar ».

« Marisol tiene una pensión de 750 euros. ‘Me puse a mirar alquileres de pisos y habitaciones en casas particulares y vi que era imposible’ ».

— *M’ijo*, ¿qué te hace tanta gracia? —preguntó Justina que, de regreso del mercado de Hostafrancs, se había detenido a saludar a su vecino—. Si las noticias no traen más que desdichas.

—Razón tienes, no te diré yo que no. Pero gracia no les falta: parece que algunos acaban de descubrir que hay pensiones que no dan para nada. Eso sí, para tirarlo en fiestas no falta dinero —sentenció—. Si no que se lo digan a las ‘gritonas’ del pregón de Sants que se han embolsado 200.000 euros de la Generalitat de Cataluña. ¿Y qué, tú que piensas hacer en las fiestas? —preguntó porque sabía que a ella le gustaban aquellas fiestas que él detestaba de forma visceral.

—Pues, *m’ijo*, de *entra* lo de siempre: la ofrenda floral a san Bartolomé, ver los pasacalles... esas cosas. Bueno, y el concierto de Port Bo, los de las habaneras —puntualizó—. Por cierto, dice ahí algo de lo de Dolores Iturre. —Señaló el periódico.

—¿Quién es esa?

—Es que alguno no conocéis a nadie, *m’ijo*. Quién va a ser, la madre de la de los salazones del mercado. Han *robao* en su casa

y, además, parece que la han *agredido* algo así. Esta tarde os tengo que hablar *d'eso*. *Pue* ser un caso nuevo.

—No fastidies. Hoy toca la final del parchís. ¿Qué pasa, que tienes miedo porque los hombres vamos a ganar la final, que ya toca. Joer, siempre ganáis vosotras y lo creéis, pero isi no fuera por...!

—¿Qué *chuminá* es esa? ¿Si no fuera por qué?

—Pues que si no fuera porque somos unos caballeros y cerramos los ojos para no ver vuestras trampas, otro gallo cantaría.

Justina dio un paso y se puso en jarras frente a él.

—*M'ijo*, ve a freír churros. Que tos vosotros mucho *lirili* y poco *lerele*. Esta tarde nos vemos —dijo y, sin esperar respuesta, dio media vuelta y se marchó con paso firme hacia el edificio de la esquina norte.

Silverio la miró mientras se alejaba. Esta guerrera, desde que se ha dejado de tanta iglesia y se ha vuelto narcisista, cada vez está mejor. Tiene un culo como para darle un tiento, pensó. Luego se levantó y fue hacia la fuente que tenía justo enfrente del banco para dar un trago de agua. Por lo menos aquello aún era gratis.

Desde el otro extremo de la plaza, Feliciano iba camino de su casa y había visto a sus vecinos hablando. Se acercó a saludar a Silverio.

—Hola, ¿qué quería la Justina?, parece que la has cabreado.

—Nada, hombre, nada, lo que me pasa siempre: que a las tías no hay quien las entienda —Calló un instante y se pasó el dorso de la mano por barbilla, que se había mojado al beber, en un intento vano de secársela —dice que esta noche nos va a hablar de un posible caso, de algo sobre un robo.

—¿Qué robo?

—El que ha sufrido la madre de la que vende salazones en el mercado.

—¡Collons!, pero si esta noche es la final. ¡No em cardis!

—Ya se lo he dicho, y que si quieres arroz, Catalina.

—Pues, si ya no va a haber final de parchís, creo que voy a aprovechar para hacer una propuesta, que los del Rayo, en lugar de amodorrarnos metidos en casa a plorar com una magdalena como carcamales, planeemos una buena comida de fraternidad por las fiestas de Sants. Yo no tengo un duro, pero en la Agencia aún tiene que haber una buena caja —dijo con cierta guasa.

—Hablando del Rayo y de dinero, ¿te has enterado de lo último?

—No, de qué.

—Que parece que hemos enganchado al golfo de los cursos para vender libros en Amazon. El que timó al Javier, al escritorcillo ese que conoce Bena de no sé qué del Mar Menor.

—¿Y cuándo hemos cogido ese caso? —preguntó Silverio—. No tenía ni idea

—Hace un par de días me encontré al Bena en el ascensor y me lo dijo. Entre él y el Cipri lo tenían medio resuelto ya. Bueno, casi lo tenían pillado desde el principio con no sé qué dato que sacó el Cipri de los excolegas del juzgado... Es igual, mañana seguro que habrá que meterles a los dos algo en la boca para que dejen de fardar.

—Es que el Cipri té pebrots, pero reconozco que a veces nos va de puta mare que trabajara en los juzgados.

—En fin —dijo Silverio—. Los del club colombófilo me han colado de jurado para elegir la Pubilla de las fiestas, intentaré llegar puntual a lo de esta tarde y ya veremos. Espero que lo de Justina no sea otro caso como el del cadáver aquel del solar, ¿te acuerdas?

—¡Collons!, como olvidar al muerto de los pies colgando o cuando pillamos al marido de la carnicera plantándole los cuernos... el del corazón *partio*.

Los dos se rieron con ganas recordando el ya lejano momento en que crearon la agencia de detectives.

—¡Collons!, Mago, si sigues un rato más aquí, te vas a asar —dijo Feliciano y se encaminó al mismo edificio en el que ya se encontraba Justina.

Silverio le siguió con la mirada pensando que, a pesar de que los años dejan huella y todos tenían ya una edad, este hombre seguía teniendo el mismo carácter que cuando tenía la tienda de fotografía y era el rey de las mujeres del barrio.

Se volvió a sentar y cogió el periódico con la intención de empezar el crucigrama, pero antes de abrirlo, se quedó con la mirada perdida, como si ante él se abriera un inabarcable infinito. Pensaba en aquellos años que habían quedado atrás, en aquel lío con el ascensor del edificio que los llevó a alumbrar la Agencia de Detectives el Rayo.

«El rayo soy, donde me llaman voy», se dijo para sí y regresó al periódico que tenía sobre las piernas, lo abrió y leyó el resto de la noticia en el interior.

«Hogares Compartidos es un programa que ofrece a las personas mayores la posibilidad de vivir dignamente con escasos recursos económicos. En el programa las personas mayores se sienten tranquilas, libres e independientes».

En Caga real. con «Z»

El caso de los cuernos y el corazón partió

...le enganchó un control. La tasa de alcohol de Feliciano, casi rompe el aparato, a pesar de que sopló dos veces en la ingenua creencia de que eso era una forma de aminorar el resultado.



.....

—No em cardis, en ninguna novela pasa esto por mamados que vayan. Y menos en las películas, en las que encuentran aparcamiento a la primera y delante de la puerta —Feliciano, repentinamente lúcido, paró el estúpido discurso; no llevaba a nada útil seguir. Luego miró a Cipriano—. Pero espero que tú, o alguno de esos amigos tuyos jueces, me libre de ese marrón

Cómpralo por menos que un menú del McDonal's

***Dedicado y sin gastos de envío si lo pides a
cazarealconzeta@gmail.com***

La jungla de propietarios

Ya hacía rato que había pasado la hora de la siesta y una ligera brisa de aire aliviaba el ambiente. El barrio hormigueaba animado por los eventos de las fiestas del vecino Sants.

Pero en la portería habilitada desde hacía años como sala de juegos, centro de reuniones y despacho de la agencia de detectives lo que bullía eran los vecinos del inmueble que se debatían entre empezar la final del parchís o seguir debatiendo asuntos de la Agencia de Detectives el Rayo.

De momento, Benancio aprovechó para contarles el último éxito y, de paso, ponerse una medalla.

—Todo eso que cuentas es genial, sobre todo para los timados. Bueno, y para nosotros, porque imagino que les habréis cobrado una pasta, ¿no? —dijo Pilar dirigiéndose a Benancio. Luego, volviéndose hacia Cipriano, que tenía aspecto de estar a punto de hablar, hizo un movimiento provocador de hombros que agito la parte de su cuerpo que jamás dejaba de alterar al mentado, y añadió—: Y tú, no vayas ahora a soltarnos uno de tus rollos de abogados.

Todos rieron menos el aludido, que pareció dudar entre protestar, hacerle algún reproche a la cartera o callar y unirse a las risas. Al final optó por lo último.

—Pues sí, Pili, nos han pagado, pero lo hubiera hecho gratis; las víctimas son amigos. ¿Me explico?

—Te explicas perfectamente, *m'ijo*. Pero si nos lo tomamos así, la agencia se va más a la ruina que la tienda de fotos de este —dijo Justina señalando a Feliciano, que asintió con la cabeza—. Somos amigos de *toos* los clientes, conocemos a *to* el barrio y aquí de gratis *na*.

—Eso, Collons, que no estamos para fer el préssec —se sumó Feliciano.

—Bien dicho, Feli. A ver si al final los primos somos nosotros —aprovechó la oportunidad Cipriano—. Que todos los adornos que habéis colocado han tenido que costar una pasta.

—Déu n’hi do —continuó Feliciano—. Que si un poster de Sherlock Holmes, que si comprar todos los puñeteros premios Planeta...

Todos soltaron una carcajada, menos Restituta, que era la que había elegido el poster y mantuvo la boca cerrada.

—Pues lo de los Planeta es un truño, un jodido negocio y chim pum. ¿Me explico?

—Por una vez, bien dicho, Bena, puto mercantilismo y que le den por el saco a la buena escritura —se sumó Pilar—. Y, además, con esa pasta nos podíamos haber dado un buen homenaje en dDivine.

—Eso digo yo —dijo Feliciano—, que ya es hora de que aprovechemos las ganancias del Rayo y nos vayamos de juerga o de comilona. No vamos a durar eternamente, cualquier día s’ha acabat el bróquil y...

—Coño, Feli, al final vas a dejar de ser tan catalán. O eso o las drag te dejaron en treinta y tres —dijo Cipriano y todos rieron recordando aquella cena.

—Por mí parte, ya sabéis que podéis contar con la terraza del ático cuando queráis —dijo Silverio cuando las risas se calmaron.

—Se agradece, Mago —dijo Pili—, pero, aun así, no creo que su hija nos vaya a regalar el marisco.

Todos miraron a la pescadera que, sin pronunciar palabra, levantó el brazo derecho con el índice de su mano bien extendido. Las risas volvieron.

Cuando regresó cierta calma, Justina aprovechó que todos la miraban para empezar su discurso.

—¡Calma y ahora me vais a escuchar!

Todos se removieron en sus asientos e intercambiaron miradas entre sonrisas a la espera de que Justina arrancase con su historia del nuevo caso.

—¿Pero hoy no era la final del parchís? ¡Coño! ¿Por qué ca-rajo estamos perdiendo el tiempo? —dijo Silverio, que parecía resistirse a enredarse en otro asunto o que tenía ganas de fastidiar a Justina.

—¡Collons! ¡Por qué no te callas! —espetó Feliciano.

—¡Ya salió el rey emérito! —contestó Cipriano riendo.

De nuevo, todos soltaron una carcajada a excepción de Justina, que empezaba a cabrearse porque no había manera de que le hicieran caso, y Restituta, que sentada en la pared de la izquierda debajo del póster de Sherlock Holmes lucía un gesto de contrariedad en su cara seria. No le gustaba nada el desmadre y decidió llamarlos al orden. Aplaudió con fuerza para hacerse oír hasta que todos callaron de nuevo.

—Dejemos las tonterías y en paz a la Casa Real; que de eso ya tuvimos bastante en su momento. Y que Justina nos explique lo que sea de una vez.

—*M'ija*, muchas gracias, eres un amor. Se trata del robo del que habla *too* el barrio, el de la madre de la Bacal.

—¿Quién es esa? —preguntó Pili.

—Por Dios, alma de cántaro, tú siempre en babia. ¿Quién va a ser? La Laura, la que vende salazones en el *mercao*: arenques, mojama, bacalao y esas cosas. Por eso la llamamos La Bacal.

—Anda, yo había pensado que la llamabais así porque se parecía a la Lauren Bacall —dijo Pilar y todos rieron.

—¡Qué más quisiera la vieja esa! —exclamó Restituta por encima del murmullo de risas.

—¡Es una puta lástima!, Collons. Si Pili hubiera acertado la podríamos emparejar con el famoso detective el Bena, que nada tiene que envidiar a Humphrey Bogart. Así yo les hacía una peli y nos hacíamos ricos —dijo Feliciano y las risas volvieron a

incrementar el volumen. Menos Benancio, que no parecía disfrutar de la gracieta de la que era víctima.

—¡Queréis callar de una vez! —dijo—. Y tú, Feli, te puedes ir a tomar viento con tus chistecitos. Venga, dejar hablar a Justina de una vez. ¿Me explico?

Todos obedecieron, conscientes de que la cosa, como era habitual, se empezaba a desmadrar.

—¡Pues *fite* tú! La Bacal me ha *pedio* que le ayude a recuperar las joyas de su madre.

—Pero para eso están los Mossos d'Escuadra, ¿no?

—Claro, Pili, *m'ija*, pero los mossos están con la cantinela de que es una banda de latinos *montá* entre los que se dedican a cuidar ancianos. Pero la Bacal dice que lo de su madre no va por ahí, que el colombianoito que la cuida es *mu* majo y *honrao*. Además, ella sabe que no es él ni cree que exista esa banda.

—¿Por qué dice que lo sabe? —preguntó Cipriano.

—Porque le han dicho que han visto a la Andrea Rosal presumiendo del regalo que le ha hecho su novio: un brazalete de oro en forma de serpiente *enroscá*.

—¡Coño!, esa es a la que elegimos hace un rato para ser la Pubilla de las fiestas —dijo Silverio—. Nos ha costado dos días de discusiones, pero al final ella se lo ha llevado en la votación. Pero lo que no entiendo es por qué, si la tal Bacal está segura de lo que dice, no lo ha denunciado a los Mossos para que investiguen a ese noviete.

—Mago, *na* es tan sencillo. No se fía, el noviete ese es un golfillo, pero de pasta con papá *metío* en IRC o Junts o qué se yo. No es como la Restituta —dijo mirando a la antigua farmacéutica—, que podría vivir en cualquier sitio y se ha *quedao* aquí. Esos se largaron en cuanto papá pilló cargo y viven en un chalet por la Font de la Guatlla. La Bacal tiene miedo de que, si denuncia, tiren por lo fácil y enmierden al Andrés Felipe, el colombianoito. Además, en el *mercao* es *sabio* que es *honrao* y cariñoso con

la madre, pero que a ella no le da menos cariño. Vamos, que están *liaos*.

—¿Liados?, pero si ella le tiene que sacar lo menos quince años —dijo Restituta.

—¿Y desde cuando eso es un problema y no un aliciente más? —preguntó con intención Pilar.

—Haz caso a la Pili, que de eso entiende —dijo Silverio—. No seas pureta, para un buen ñaca ñaca no hay edad ni diferencia que valga.

Esta vez, más que risas, la contención los llevó a la irónica sonrisa cómplice. En los hombres quizá la moderación también la provocase el temor de que les dejaran claro una vez más que los tiempos en los que ellos elegían a las tímidas y deslumbradas jovencitas habían quedado atrás.

—Bueno, lo que haga la Bacal en la cama y con quién es cosa suya, dejemos eso. Lo importante es que ella *tie* miedo de los mossos y del golfete broncas del novio.

—¡Vaya!, un cierra bares de los que a mí me gustan. Estos tipos se cagan en cuanto los aprietas un poco. ¿Me explico?

—Pero, Bena, no corras tanto que aquí nadie ha dicho que vayamos a meternos en ese caso —dijo Cipriano—. Yo opino que ya está bien de líos, hemos resuelto muchos asuntos y este tiene pinta de acabar siendo un peligro. Además, para qué más dinero: tenemos ascensor, hemos pintado la escalera, cambiado las luces, arreglado el cuarto de la limpieza y tenemos hasta para darnos un capricho de vez en cuando. ¿Para qué liarnos más?

—*M'ijo*, pues porque ya lo hablé con ella y de menos dos mil euros no baja lo que nos pague. Aparte gastos, claro. Con eso reparamos la fachada y la pintamos; que buena *fáltica* le hace.

—Justina, todo eso está bien, pero yo opino como el Cipri, ya tuvimos nuestra época movida. Ahora vale que cojamos algo fácil, como la historia esa del timador que han resuelto estos, pero meternos con golfos y con políticos por en medio... no sé.

—Pero qué dices, Restituta. No vamos a achantarnos ahora. De eso ni hablar, ahora la agencia se ha hecho un nombre en el barrio. Así que de cerrarla ni hablar —argumentó Benancio.

Como solía ocurrir, todos se liaron en un parloteo ininteligible con unos y con otras. La unidad o algo cercano a ella era imposible. A pesar de ello, todos, de una u otra forma, eran de los que habían sufrido y empujado para que la democracia llegara al país, así que por qué no recurrir a ella. Parecía el momento de someter aquello a votación.

Dispuesto a tomar la palabra, Benancio, que todavía conservaba el título honorífico de líder que le daba ser el eterno presidente de la comunidad de vecinos, levantó los brazos y los movió como si fueran alas hasta que todo se calmó.

—Llegados a este punto, lo mejor es que votemos a mano alzada —dijo y nadie se opuso—. A ver, los que digan que sí cogemos ese caso, que levanten la mano.

Justina fue la primera en alzarla, seguida de Silverio, Pilar y el propio Benancio.

—¿Alguna abstención? —preguntó a continuación y Feliciano levantó su mano—. Pues está claro: cuatro a favor, dos en contra y una abstención. Así que, si nadie tiene nada en contra, empezamos con el caso y le llamaremos el caso de la vieja vasca.

—Hombre, Bena, un respeto por la pobre anciana —dijo Pilar—, que vamos a ver cómo estás tú cuando llegues a su edad y no creo que te apetezca que te llamen el viejo... bueno, de dónde seas.

Todos rieron menos el interfecto que guardó silencio sin aclarar dónde había nacido.

—¿Qué os parece el caso del robo de la serpiente enjoyada? —propuso Restituta, que había pasado rápido de la negación a la acción, y todos movieron sus cabezas afirmativamente, incluso Benancio.

—¿Y ahora qué hacemos, Bena? —interpeló Feliciano con cierta mala leche. Él se había abstenido, pero más por no señalarse cuando ya sabía que la votación estaba perdida que por convicción.

—Muy fácil. Tú, Feli, hablas con el come mierdas del novio y que te cante dónde ha comprado esa joya. Porque no imagino a ese hijo de papá metiéndose en una casa a riesgo de que lo entruellen. La otra solución es que pierda la pasta que haya pagado por ella y la devuelva. Si se niega a lo uno u a lo otro, lo primero que tiene que saber es que la tal Andrea Rosal, es decir, su novieta se queda sin ser Pubilla. Y lo siguiente, que se le viene encima una denuncia del copón que es seguro entusiasmará a papá. ¿Me explico?

—¡Collons!, ¿y por qué tengo que hacerlo yo? A mí me importa una mierda la mujer de Bogart, las joyas de su mamá y ese que se la trajina a ella. Qui vulgui peix, que es mulli el cul —sentenció Feliciano.

—Perfecto, Feli, pero cuando tengas que poner pasta *pa* lo que sea, no me vengas con lloriqueos, *m'ijo*. Porque el que quiera peces que se moje el culo, ¿no? —dijo Justina.

—Y no te preocupes, chaval —se sumó Pilar—, que el Mago y yo te acompañamos. Además, seguro que al capullo ese soy capaz de merendármelo yo con estas —añadió y se llevó la manos bajo cada pecho para que quedase claro de qué hablaba.

Las risas volvieron de nuevo y el ambiente se distendió.

—Entonces todos de acuerdo —dijo Benancio cuando aún las risas y las bromas retumbaban en la habitación—. La semana que viene nos reunimos y vemos qué ha pasado. O antes si lo habéis resuelto, claro. ¿Me explico?

—¿Y la final del parchís, ¿qué? —exclamó Pilar sin que quedara claro si lo hacía por bromear más a costa de Benancio o porque se sabía una de las posibles campeonas.

En Caga real. con «Z» Marrakech

... —Pero tú has visto al guía? Me lo ha presentado la chica de recepción; es su primo. Está más bueno que el chaval del equipaje. Rubio, con unos ojazos verdes que te desnudan y una boca que, cada vez que me ha sonreído, he tenido que agarrarme al mostrador para no tirarme a comérsela. ¿De dónde han salido estos marroquíes? —dijo Carmen como si disfrutar de aquella presencia fuera lo más importante que se iba a perder Restituta.

—Hija, te veo más que salida y poco puesta sobre los orígenes de nuestros anfitriones norteafricanos.



Cómpralo por menos que un menú del McDonald's

**Dedicado y sin gastos de envío si lo pides a
cazarealconzeta@gmail.com**

El Rayo que no cesa... y triunfa

La Agencia de detectives el Rayo estaba casi al completo, solo faltaba Restituta, que llegaría algo más tarde, después de la sesión de Pilates que no se perdía nunca pasara lo que pasara.

El taponazo de la primera botella de cava hacía rato que había resonado en la portería, hoy salón de fiestas.

Afuera, el sol ya era historia en su recorrido por un largo ocaso que languidecía desde hacía rato. En la plaza, los transeúntes que pasaban cerca del edificio se preguntaban que negocio pirata habría allí dentro que armaba tanto jaleo con la música a considerable volumen y las risas a uno aún mayor.

—Bonito escandalo —dijo Restituta, que entró aún vestida con las mallas de gimnasia y una pequeña mochila colgada del hombro.

—Hola, Restituta —dijo Pilar y, convertida en maestra de ceremonias, ordenó—. Anda, Mago, para la música un rato. Y tú, Feli, abre otra botella y brindemos por la Agencia de Detectives el Rayo.

Cuando los Sirex dejaron de insistir en lo que barrerían de tener una escoba y ninguna otra canción los sustituyó como fondo musical, Feliciano dejó escapar el tapón de la botella hasta estrellarse contra el techo y llenó las copas que, en la mano de sus vecinos y cómplices, ya le rodeaban.

Una vez llenas, todos las levantaron, las hicieron chocar en el centro del círculo que formaban y, casi al unísono, exclamaron:

—El Rayo soy, dónde me llaman voy.

—Venga, todos... ¡adelante, atrás, al centro y *pa* dentro!
—sentenció Justina al tiempo que todos iban acompasando el movimiento de su copa a sus palabras y pensando que gracias a ella aquella pandilla no tendría que esperar una subvención del

ayuntamiento, que nunca llegaría, para reparar la fachada llena de grietas.

—Ahora que está aquí Restituta, contad otra vez esa historia del perista. Y de paso a ver si esta vez me entero, que debo estar muy espeso. ¿Me explico?

—Te explicas como siempre —dijo Pilar—, y lo que te pasa es que estás viejo, a punto de caramelo para acabar como... ¿cómo la llamaste? Ah, como la vieja vasca.

Todos rieron, incluso el aludido que estaba de un humor tan bueno que ni las ácidas bromas de la cartera se lo iban a robar.

Por su parte, Silverio y Feliciano, se miraron entre sí preguntándose con los ojos quién de los dos iba a responder. Al final, Silverio se decidió a hacerlo, por algo me llaman el Mago, pensó.

—Que devolvieran el brazalete de la serpiente fue fácil. Ni el niño estaba dispuesto a afrontar las consecuencias: que papá, como poco, le dejara sin un euro y, además, la novia le pusiera en dique seco por más tiempo que el que lleva la Parella de PortVell.

—Vamos, que lo de siempre, tiran más dos tetas... —dijo Pilar, que al final no había ido a hacer aquella visita, y la sonrisa de Justina y Restituta se hizo evidente—. Aunque lo que me cuadra menos es lo de la novia, que soltara tan fácil la joya.

—Ocurrió lo que tenía que ocurrir —intervino Feliciano—, buscamos a la nena y le dijimos que o devolvía el brazalete, o s'ha acabat el bróquil y se quedaba sin ser Pubilla del escándalo que montábamos ante la comisión de fiestas.

—Así que, como ves, Pili, también lo de siempre —dijo Silverio—. Las mujeres son vanidosas por naturaleza; aunque, como dijo el poeta, les queda bien y por eso mismo nos agradan más.

—¡Fite tú con el intelectual! —dijo Justina y todos rieron, las bromas se sucedieron y los fingidos reproches sobre todos los ismos y actividades de esas que el pudor llama picantes se encadenaron subiendo de tono hasta provocar carcajadas y alguna cara desencajada.

Como de costumbre, fue Benancio el encargado de llamar al orden antes de que llegara la sangre al río.

—¡Basta ya! ¡silencio! —gritó al techo Benancio—. No estamos aquí para pelearnos, digo yo, sino para celebrar el éxito de haber devuelto a la Bacal las joyas de su madre y para que contéis de una vez cómo convencisteis al perista de que devolviera todo.

—Todas... todas, no, faltaban un par de marcos de fotos.

—¡Collons!, Cipri, tú siempre echando agua al vino. La mare que et va parir.

—Bueno, *miarma* al menos no nos ha *colocao* una *patochá* de esas de leyes.

—Vale, todo perfecto. Pero, leche, ¿cómo es que el perista devolvió todo así, sin más? ¿Me explico?

Silverio y Feliciano se volvieron a mirar y, como la primera vez, Silverio tomó la palabra sin más.

—¿Os acordáis del Omer, el tío aquel que quería comprarme la moto? ¿El del museo de la Historia del Holocausto? —todos asintieron con la cabeza menos Cipriano.

—No me jodas, Mago. Habéis metido a los de la reina de por medio. Al final, haciendo uso del Real Decreto 1730 de 2007, acabamos todos en la cárcel, y eso que ya nos la jugamos cada tres por dos saltándonos la Ley 35 de 2006 del IRPF.

—Cipri, eres más aguafiestas que la cerda de mi nuera. Pero luego, a chupar del bote ascos no le haces, como ella —dijo Restituta y todos, menos el aludido, rieron y aplaudieron al tiempo que, como en la mejor faena torera, la vitoreaban.

—Vale, que, si no me dejáis, no acabaré nunca. Pues Noam, el dueño del «compro oro» de las Ramblas, también es judío. Y de allí, de esa tienda, había salido el brazalete para acabar en la muñeca de la Andrea —Silverio calló y, con la lentitud del que quiere crear expectación, bebió un trago de la copa de cava—. Pues como Omer nos sigue debiendo un favor, le pedí que hiciera una llamada y le explicase a Noam lo impropio que iba a resultar

que nos fuéramos de la lengua y plantásemos a los Mossos en su puerta. No sé qué le acojonó más, la amenaza de los Mossos o la llamada del tipo del Mossad: se cagó. Fue vernos y entrar en el interior y sacar todo: el Omega de oro, el anillo de pedida con el diamante y un marco de plata. Todo lo que estaba en la lista que nos dio Justina menos el brazalete que ya teníamos y dos marcos que el tipo aseguró que nunca habían estado en su tienda.

—Pues, *m'ijos*, hemos hecho feliz a la Bacal y a nosotros nos han *caío* tres mil del ala. ¡Qué más se *pue* pedir!

—¿Y cómo es que no le sacasteis al Noam el nombre del chorizo? Imagino que será el que le llevó la mercancía. El hijo puta sigue suelto. ¿Me explico? —dijo Benancio, que parecía que no estaba por la labor de dar ya por bueno el asunto.

—Sí, quina putada —dijo Feliciano—. Nos dio la impresión de que el Noam le tenía aún más miedo al ladrón que nosotros a la Pili... y ya es decir.

Todos rieron, incluso la Pili que le dio un cariñoso puñetazo en el hombro a Feliciano.

—Pero lo cierto es que nosotros hemos cumplido el encargo, nadie nos pagó por que descubriéramos al caco. Para eso están los Mossos —argumentó Silverio.

—Entonces, brindemos otra vez por el éxito, que el cava caliente es un asco. Y vamos para casa que ya es hora —dijo Restituta—, y, además, me vine sin duchar del gimnasio para no llegar tarde.

Todos levantaron de nuevo las copas y repitieron el rito a la salud de la incombustible agencia detectivesca.

Luego, cuando todos se disponían a cerrar el acto, Pilar preguntó:

—¡Coño, ¿y de la final del parchís, qué?

En Casa real. con «Z»
El caso del juez y la gasolina

... —Cipri, ya tenemos el video, así que se lo puedes dar a tu contacto. Habrás pagado el favor y, además, podrás presumir de abogado y buen detective —Benancio paró de hablar, pero antes de que Cipriano contestara nada, cambió de tono—. Todo está bien, pero por casualidad, la verdad —tampoco ahora nadie dijo nada—. Si no es porque Pili y yo pudimos grabar ese vídeo, no sé lo que hubiera ocurrido. ¿Me explico? Si queremos ser una agencia de detectives, una seria, hemos de cumplir las normas. Y deberíamos haber cumplido las que establecimos aquel día. Y lo cierto es que cada uno ha hecho lo que le ha dado la gana, y eso no puedes ser. ¿No tengo razón? —preguntó dirigiéndose a Silverio.



Si has llegado hasta aquí, muchas gracias. Si además te ha arrancado una sonrisa, mejor todavía.

Y ahora que ya conoces a la pandilla no dejes de leer *Caza real. con «Z»*, los conocerás mejor.

¡Ah!, nuestro agradecimiento será infinito si le pasas esto a tus amistades lectoras para que conozcan a la Agencia de Detectives el Rayo.



Ya a la venta

(<https://amzn.eu/d/cjmplOd>)

En tapa blanda por 11,99 €. (¡A que dominamos el marketing!)

En ebook, ¡por menos de lo que cuestan un par de birras!

(Escanea el QR para enlazar al libro)



Dedicado y sin gastos de envío si lo pides a
cazarealconzeta@gmail.com

¡Ideal para regalar en toda ocasión,

hasta en el día de los enamorados!

Los autores



De izquierda a derecha, Arturo Daussà y Javier Luque
en Barcelona el día de San Jordi – 23/04/2024

Arturo Daussà

Nací en Barcelona en 1945. Ya ha llovido mucho desde entonces.

Decía Truman Capote que uno aprende pronto a diferenciar entre lo que significa escribir bien y escribir mal. Pero lo que es más difícil, lo decisivo, es distinguir la sutil frontera que hay entre escribir bien y hacer una obra de arte. Esa línea quizás es la que separa a los grandes escritores de los demás.

Yo, por supuesto, no escribo obras de arte ni muchísimo menos, pero, tras una larga vida de trabajo, lectura y navegación, he llegado a escribir varias novelas y relatos cortos que intentan provocar emociones añadidas al propio placer de la lectura.

Premios: *El Solitario*, primer premio de relato corto Tamarit, *Dos Soles*, Primer premio Alfonso Camín.

Novelas publicadas: *Mare Nostrum*, *Icono de Corcho*, *Vivir al Filo*, *Nada es lo que parece*, *Dime la verdad*, *Maldita máquina de fotos*, *Diario de un confinado*, *La Sorpresiva Cabaña*, *The surprising cabin* (mercado USA), *Buscando a mi hija*.

Relatos publicados: *Aisake*, *El solitario* (relato corto), *La primera vez y otras historias*, *El deber obliga* (relato corto), *Dos Soles*.

Por si quieres buscarme en las redes sociales:

<https://arturodaussaescritor.com>

<https://thesurprisecabin.com>

Facebook arturo daussa

Instagram Daussa2000

email: info@ceid2000.com

Javier Luque

Nací en la segunda semana de enero de 1958, en Madrid, aunque, desde que lo supe, me hubiera gustado nacer en esa misma semana, pero en agosto y en el municipio colombiano de Itagüí, donde y cuando clausuran las Fiestas de la Industria, el Comercio y la Cultura celebrando el día Mundial de la Pereza.

He residido en las Islas Canarias durante media vida y en las orillas del Mar Menor posiblemente lo que me quede de ella. Cargo a mis espaldas una larga dedicación profesional a las finanzas, a la gestión, a sufrir amarguras y a disfrutar de algún rato de placer y alegría; es decir, lo de todas las vidas.

Aunque escribo desde hace tanto que me da mucha pereza echar la cuenta, lo cierto es que, como he escrito en alguna biografía destinada a convocatorias de premios literarios que nunca me dieron (incluso a las que tuvieron el dudoso gusto de concedérmelos) soy «un escribano con ínfulas; es decir, un cínico enteradillo metido a escritor y corrector de estilo».

Además de en varias antologías, he publicado (y alguno traducido al inglés) los libros de relatos *La vida duele en El Hormigón*, *Tiempo de lamentos y otros relatos* y *La vida pasa mientras tanto*; las novelas *Perdonen el atrevimiento: con las manos en la almeja*, *cocina para vagas*, *Una mala canción*, *Mal Menor*, *mal mayor*, *La mujer luna* y *El caso del hombre que no sabía nadar* y un provocador manual de escritura de título *Divagaciones sobre la escritura: la guía definitiva de cualquier escritor o aspirante a serlo*.

Pasa por mis páginas, cotillea y enlaza desde allí a las redes:
javierluqueautor.com
amazon.com/author/jlperdonenelatrevimiento
substack.com/@perdonenelatrevimiento
email: javierluque@27etras.es